

Vivimos en un país zamarreado. Acostumbrados estamos a terremotos, sequías, erupciones, y usurpaciones. Una idiosincrasia de la resistencia, del aguante, marca nuestra personalidad, chilenas resilientes, chilenos adaptables a todo. Esta retórica me recuerda a otra, aquella que, junto con asumir la responsabilidad de nuestra especie en la catástrofe ambiental global, proclama que nuestro ingenio, nuestra ciencia y tecnología, serán la salvación. Desconfío del aroma a tecnocracia, y me pregunto además si “adaptación” implica la imposibilidad de cambio, si “resiliencia” exige bancarse lo imbanicable.



El conocimiento occidental clasifica subdividiendo fenómenos y sujetos en partes cada vez más pequeñas, bajo la ilusión de que nuestras categorías, muchas, demasiadas veces binarias, representan la totalidad de la realidad. Las múltiples crisis actuales muestran las limitaciones de este enfoque reduccionista, que nos atrapa en cajitas que separan artificialmente humano de naturaleza, sujeto/objeto, cuerpo/mente, femenino/masculino, pensar y sentir. Dividir el mundo en polos inventa otredad y jerarquiza, cimentando una narrativa de superioridad de aquello supuestamente humano, masculino y racional, por sobre una naturaleza feminizada y emocional. De la jerarquía a la violencia, un paso.

Históricamente, la ciencia no ha sido inmune a los embrujos de la modernidad, esforzándose por lograr la (imaginaria) objetividad absoluta. Con ese fin se ha desmarcado de otras formas de conocimiento, desestimando evidencia proveniente de quienes no han tenido el privilegio de dedicarle su vida al estudio formal, sea por desigualdades de clase, educación, género, origen, entre otras

tantas dimensiones de vulnerabilidad que se cruzan entre sí.

Ya, suficiente queja, ¿cómo pasamos del diagnóstico a la reconstrucción de los lazos perdidos? Humildad. Humildad para reconocer que todos tenemos sesgos, que nunca hemos realmente dominado a la “naturaleza” ni debiese ser nuestro objetivo, que la posición de superioridad epistemológica de la ciencia es fruto de privilegios mal distribuidos. Humildad para re-conocernos vulnerables, tan “naturales” como una enredadera o un onicóforo, poderosas en nuestra necesidad vital de ser cuidados y cuidar. Humildad para abrazar la inseparabilidad biológica de la razón y la emoción, sentipensar que para los conocimientos tradicionales nunca dejó de ser evidente, pero que la ciencia recién comienza a aceptar.

La información se transforma en conocimiento cuando se comparte, y el poder de los conocimientos se manifiesta en su libre generación, circulación, valoración y uso. Quienes facilitamos este movimiento de saberes, a veces llamado comunicación de la ciencia, tenemos una

responsabilidad en la profundización de la democracia, pues sea que nos mueva la justicia y/o la efectividad, nos corresponde crear conversaciones que incluyan todas las voces.

Las urgencias de nuestro siglo necesitan evidencia empírica tradicional y tecnocientífica, además de transparencia en los intereses, valores, cosmovisiones e ideologías que sustentan cada una de nuestras decisiones.

Compartir el conocimiento para beneficio de todos es un discurso popular hoy, pero no olvidemos a quienes quemaban curanderas y hoy criminalizan a agricultores de subsistencia y rusas liberadoras de papers. Masificar las herramientas de la ciencia y aprender a escuchar – de verdad – a las y los guardianes de saberes son las dos caras de nuestro deber.

Vivimos en un país zamarreado. Confieso que demoré en acusar recibo de nuestro suelo en constante movimiento. A los 12 años empecé a ser yo. Me enamoré de acampar, dejé de creer en lo sobrenatural y cimenté mi innato fervor por lo que llamaba “naturaleza”. Epifanías a los pies de las araucarias. Me jacté de ser fundamentalmente la misma, hasta 2019, hasta el estallido de nuestra revolución.

Epifanías a los pies de una estatua que no me representa, emplazada en una plaza que nunca será lo mismo para mi, y millones de otras cuerpos. Desde entonces dejé de pensar que cualquier discurso vale para convencer, entendí que “crecimiento sustentable” es un oximorón, y rechacé usar los términos que el capitalismo crea para robarnos la voluntad de transformación (¿capital natural!? ¿qué es eso!?).

Termino con ideas incómodas, un miedo y un Sur. Ideas incómodas: la desigualdad socioeconómica determina cómo las personas perciben (y se apropian o no de) la ciencia, el futuro trae menor confort para muchos, la ciencia y su comunicación también han sido serviles al status quo, el crecimiento poblacional también es parte del problema, y la forma de combatirlo es educar y dar poder a las niñas y mujeres.

Confieso además que tengo miedo. Miedo por el planeta que les toca vivir a mis hijos, a que se nos haya acabado el tiempo. Espero que este primer, gran número de Saberes Socioambientales represente nuestro Sur: transformar, sin ingenuidad, pero sí mucha esperanza, ese miedo, junto a la rabia y la impotencia individual, en grito y acción colectiva por lograr aquello que se nos ha dicho imposible.



Nérida Pohl es Licenciada en Biología, Magíster en Ecología y Biología Evolutiva (ambos grados de la Universidad de Chile), Doctora en Biología (University of California, Irvine) y Magíster en Comunicación de la Ciencia (Imperial College London). Actualmente es Directora de Comunicaciones del Instituto de Ecología y Biodiversidad, Asesora Científica del PAR Explora RM Suroriente, profesora y consultora independiente. Fue además presidenta de la Asociación Chilena de Periodistas y Profesionales Para la Comunicación de la Ciencia, ACHIPEC, entre 2018 y 2021. Como docente en comunicación de la ciencia realiza seminarios, talleres, cursos de pre- y postgrado, y es co-fundadora del Diploma de Postítulo en Comunicación de la Ciencia de la Universidad de Chile. Sus principales motivaciones profesionales son: crear conciencia sobre la importancia de la biodiversidad, formar nuevas y nuevos comunicadores de la ciencia, ampliar la llegada de la ciencia a la comunidad, y fomentar múltiples interacciones entre la ciencia y el arte.